

GLOBALIZACION, COMPETITIVIDAD Y EL RUMBO DE LAS CIUDADES VENEZOLANAS

Carlos Andrés Amaya H.^{*}

El fenómeno de la globalización, se convierte, en los actuales momentos, en un marco de referencia ideal para estudiar múltiples fenómenos que de él se derivan: formas y procesos. Más que su definición y caracterización, lo que se estudia son sus implicaciones en el curso de la vida diaria. Uno de los efectos que más llama la atención, es el espacial; concretamente los cambios que ocurren en las distintas estructuras que componen el espacio geográfico. Pero sobre todo, en una de sus dimensiones más dinámicas: el espacio urbano. Esto incluye el efecto sobre la organización de los espacios nacionales y sus distintas categorías, incluidas por supuesto, los espacios urbanos nacionales. Por ello, el efecto que la globalización tiene en la organización del espacio urbano nacional venezolano se convierte en un tópico de interés, pues es indudable que el momento histórico actual así lo sugiere.

El presente trabajo tiene como objetivo realizar una reflexión, dentro del marco de la globalización, sobre el rumbo de las ciudades venezolanas, haciendo hincapié en las transformaciones macro y microurbanas: en el sistema urbano y en el tejido urbano. En la primera parte se abordan los elementos sustanciales del proceso de globalización en cuanto generadores de transformaciones espaciales, con especial énfasis en una de sus manifestaciones: la competitividad. En la segunda parte se estudia la inserción de la economía y sociedad venezolana dentro de la globalización, las causas de esa inserción, sus particularidades y las consecuencias, de orden espacial. Se examina las opciones o escenarios reales o previstos, que enrumban la economía y la sociedad venezolana. Igualmente se estudian los efectos espaciales de la inserción de la economía y sociedad venezolana dentro del marco de la globalización, desde el punto de vista de las transformaciones en el sistema urbano y en el tejido urbano.

La Globalización, la Competitividad y la organización del espacio urbano

Del conjunto de grandes cambios que está viviendo el mundo de hoy, tal vez el más importante sea el de la globalización, que aunque tiende a ser considerado, esencialmente, como económico, es un proceso mucho más amplio que abarca las más importantes relaciones sociales, culturales, económicas y políticas, y que, además, tiene significativas repercusiones en la organización del espacio y de los territorios.

El punto de partida de la globalización mundial es el proceso de internacionalización de la economía, que no ha dejado de crecer acelerada e ininterrumpidamente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Según Dabat (1994), se entiende por internacionalización de la economía, un crecimiento del comercio y la inversión internacional más rápido que el de la producción agregada del conjunto de los países, que al mismo tiempo que amplía las bases internacionales del capitalismo, une progresivamente al conjunto del mundo en un circuito único de reproducción de las condiciones humanas de existencia.

^{*} Profesor. Escuela de Geografía. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

Si bien la internacionalización de la economía comienza formalmente con la constitución de la ONU y las agencias internacionales vinculadas a ella (FMI, GATT, Banco Mundial), es a partir de los años ochenta cuando se acelera el proceso de mundialización de la economía, al ser el mundo industrial sacudido por una profunda reestructuración capitalista, sustentada técnicamente en una revaluación informática y de las comunicaciones.

El proceso de globalización trajo consigo una modificación profunda en el funcionamiento del mercado mundial generando un conjunto de fenómenos nuevos a nivel mundial. Entre esos nuevos aspectos Dabat (1994) señala los siguientes: 1) La creciente unificación de los mercados financieros internacionales y nacionales en un circuito único de movilización del capital; 2) La acelerada regionalización del espacio económico mundial; 3) La generalización de las asociaciones y alianzas entre las corporaciones transnacionales de diferente base nacional; y 4) Las necesidades de coordinación de las principales políticas económicas nacionales.

A finales de los ochenta y comienzos de los noventa, dos grandes hechos reafirmarán la visión espacial de la expansión de la globalización al conjunto del mundo. El primero será el fin de la Guerra Fría y el derrumbe del Socialismo de Estado y el comienzo de la transición del capitalismo en la Ex-Unión Soviética y los países de Europa Oriental. Este hecho, en opinión de Córdova (1993) rompió el equilibrio de la balanza de poder internacional en favor de los países desarrollados en las relaciones Norte-Sur y trajo consigo el surgimiento de un Nuevo Orden Internacional que tiene como agente regulador a los organismos multilaterales asociados a la ONU. El segundo será el desmoronamiento y desmantelamiento de los nacionalismos corporativos del Tercer Mundo, a partir de los procesos conjugados de liberalización comercial y financiera, salida negociada de la deuda, estabilización financiera y monetaria y privatización masiva de empresas estatales, dentro de un marco de reforma, ajuste y cambios estructurales que afectan a los Estados Nacionales y sus territorios.

Como resultado del proceso de globalización, ocurren importantes cambios en la configuración del espacio mundial. Dabat (1994) señala los tres más importantes: 1) Suplantación del espacio parcelado de los tres mundos anteriores, por otro unificado alrededor del mercado mundial capitalista; 2) Aparición del fenómeno complementario de la macro-regionalización del mundo, alrededor de tres grandes áreas principales: América del Norte, liderada por los Estados Unidos, Europa liderada por Alemania, y Asia Oriental, liderada por Japón; y 3) La destrucción de los anteriores segundo y tercer mundo para dar paso a una nueva polarización internacional entre países semiindustriales de creciente peso en la economía mundial y países preindustriales marginados.

Uno de los aspectos más importantes, de la globalización, es la transformación del régimen de acumulación capitalista de naturaleza fordista, surgido en el orden internacional de la posguerra, que guiaba la estructura productiva en la economía industrial. La nueva estructura -posfordista- se fundamenta en un nuevo paradigma tecnológico, que radica en la microelectrónica, base del llamado complejo electrónico (Córdova, 1993). Esta se caracteriza por su alta capacidad de generación de innovaciones y su rápida difusión, la articulación de sus componentes mediante la integración en línea de las actividades productivas con las de circulación de mercancías y dinero, a través de redes y nodos.

Esta nueva estructura productiva tiene importantes repercusiones sociales y económicas. Una de las más resaltantes es la creciente sustitución de trabajo no calificado y de recursos naturales por capital, lo cual afecta significativamente las economías nacionales que, en la división internacional del trabajo, han fundamentado su desarrollo económico, en sus ventajas comparativas derivadas de la disponibilidad de recursos naturales.

En este aspecto, la repercusión fundamental es la sustitución del esquema de trabajo manual no calificado, típico del modo de producción fordista, por nuevas formas de organización productiva. Los países y las regiones, en consecuencia, se ven obligados a cambiar sus tradicionales estructuras económicas y a insertarse en la economía mundo, para lo cual deben realizar los más complejos programas de ajuste, apertura, reforma y cambios internos y externos.

Córdova (1993), señala que uno de los efectos más notorios de las transformaciones técnicas y económicas en curso es la sostenida tendencia hacia el desequilibrio entre una oferta potencial en permanente expansión y una demanda global rezagada que no crece al mismo tiempo y que tiene como consecuencia la exacerbación de la competencia entre las empresas, y entre las naciones. Es por esta razón que las unidades productivas se ven obligadas a realizar esfuerzos por mantenerse en el mercado mundial. Esto exige cada vez, formas más eficientes, complejas y creativas de organización y de gestión empresarial y territorial. Los aspectos más notorios de estas transformaciones son la descentralización de la producción y la integración horizontal de las actividades de investigación, diseño, tecnología, producción e intercambio, a través de relaciones permanentes y fluidas entre las empresas y sus proveedores, distribuidores y usuarios finales. En estas circunstancias los territorios juegan un rol nuevo y determinante, con transformaciones sustanciales en sus fronteras y en sus niveles de concentración y fragmentación, en sus funciones y en su población.

La internacionalización de la economía se traduce, a nivel de las naciones y territorios, en la necesidad de abrir sus economías, reestructurar sus aparatos productivos y desarrollar la competitividad, sobre la base de un nuevo modelo de desarrollo. En la mayoría de los casos, este nuevo modelo se fundamenta en el financiamiento externo y en las exportaciones no tradicionales, pues, como lo señala Ortiz (1994), a largo plazo son poco halagüeñas las perspectivas para aquellos países (y territorios) que mantengan un modelo de desarrollo basado en la exportación de productos tradicionales.

La competitividad, como expresión formal de la globalización, puede ser definida como una medida relativa del desempeño de una unidad productiva, sea esta una empresa, una industria, o la economía nacional, que permita comparar su posición con respecto a la de sus competidores pertinentes, y, además, identificar las fuentes de sus fortalezas y debilidades (Dávalos, 1996). Por extensión, el concepto de competitividad puede ser aplicado a los territorios, bien sea países, regiones o ciudades. Si bien estos no constituyen tipos de unidades productivas semejantes a una empresa o un sector industrial, muchos de ellos exhiben características que se definen usualmente como determinantes de la competitividad.

El fenómeno de la globalización por su alto contenido espacial, se constituye en un contexto de referencia histórico social ideal para estudiar los cambios o transformaciones que ocurren en los territorios, especialmente en lo pertinente a la formación de redes y nodos, que afectan la estructura y dinámica de los espacios urbanos, tanto en sus relaciones externas - sistemas

urbanos - como en el tejido urbano - estructura interna. Ello, en razón de que la globalización, y por ende, la competitividad, dependen cada vez más de interrelaciones a través de redes, superpuestas en espacios geográficos definidos - internacional, nacional, regional, local - y de una mayor expansión de la frontera urbana necesaria para la localización de las actividades y relaciones empresariales necesarias para la actividad productiva.

Las relaciones que se establecen entre la globalización y la transformación de los espacios geográficos son más que evidentes. Santos (1993), en una forma genérica, lo expone más o menos de la siguiente manera: “Este que vivimos es el mundo recreado por la revolución científico-técnica un mundo gobernado por la ciencia, por la técnica, por la información.... Esto constituye lo nuevo, pero en ningún momento lo nuevo aparece solo, sino al lado de lo viejo Los continentes, los países, los lugares, se definen por las combinaciones de lo viejo y lo nuevo, que indican el contexto en que la vida se desarrolla.... Estas combinaciones de lo viejo y lo nuevo, que en el pasado podían limitarse a países son hoy día combinaciones que tienen un escenario mundial El mundo está en todas partes y cualquier parte por pequeña que sea es, en consecuencia, el mundo”.

En este contexto, las transformaciones que hoy ocurren en los espacios geográficos son visibles. Los territorios hoy más que nunca son expresiones de intensas y complejas relaciones globales, y los lugares - las ciudades por ejemplo - son cada vez más parte indisoluble de esa globalidad. Los cambios o transformaciones de los espacios geográficos son, igualmente, cada vez más universales. Resulta, por consiguiente, difícil estudiar los espacios geográficos fuera del contexto mundial. Los espacios geográficos están hoy día interrelacionados en una intensa red global, gobernada por la informática, distinta de la red del pasado, menos integrada, menos compleja. Y, los intentos de inclusión en la red, o de exclusión, ha originado intensas y profundas transformaciones en los espacios geográficos en la medida en que se integran o se excluyen de la red mundial.

Uno de los aspectos claves para analizar las transformaciones de los espacios geográficos en la actualidad, es el estudio de la técnica, sustento de la globalización. Hoy día, el hombre está sometido a una inmensa cantidad de instrumentos que se establecen para producir, para comercializar, para publicitar, para consumir, para investigar, para informar, o para hacernos ver las cosas, lo cual nos permite afirmar que estamos delante de un nuevo sistema de la naturaleza: la naturaleza de los nuevos sistemas técnicos (Santos, 1993). Y el estudio de esta nueva naturaleza técnica, que no es otra cosa que la globalización, permite comprender las transformaciones de los espacios geográficos en una forma dialéctica, pues la naturaleza técnica es contradictoria.

La naturaleza técnica está compuesta de acciones y objetos. Estos últimos son, fundamentalmente, objetos técnicos, desigualmente distribuidos en el espacio geográfico y más aún, sujetos a acciones predeterminadas con el fin de maximizar la producción de bienes y servicios, internacionalizar y acumular capital, con todas las secuelas que estas acciones generan.

La mundialización, como hecho global, impone a todos, pero a unos más que a otros, unos cambios: un aporte de la economía, de la sociedad, de las costumbres, y, por lo tanto, del espacio, sin posibilidad casi de escapar a esos cambios. Como consecuencia de ello aparece una desigualdad en las dimensiones tanto espaciales como temporales (Santos, 1988), pues

los cambios no llegan, por distintas razones, al mismo tiempo, ni con la misma intensidad en los distintos lugares. La “velocidad” del tiempo, o de los tiempos, en este mundo regido por la técnica es, en consecuencia, el elemento crucial para analizar los cambios en los espacios geográficos. En unos territorios, por consiguiente, la superposición de los tiempos (siendo el tiempo definido por las técnicas) ocurre a una “velocidad” mayor o menor que en otros, y, por lo tanto, esa diferencia en la “velocidad” de los tiempos, genera desigualdades. Es por ello, por ejemplo, que la competitividad, expresión de la globalización, no puede ser perfecta desde el punto de vista geográfico pues, al ser desigual la velocidad con que llega la técnica a los territorios, algunos no podrán competir en igualdad de condiciones.

Si bien una de las características de la globalización de la economía es la homogeneización progresiva a escala mundial de los patrones tecnológicos productivos, administrativos y de consumo; de los sistemas culturales y en general de los estilos de desarrollo, dicho proceso no afecta por igual a las naciones o territorios. Mas aún cuando este proceso avanza bajo el liderazgo de las grandes empresas multinacionales y con el apoyo activo de las grandes potencias mundiales. Como lo afirma Córdova (1993), los aspectos positivos de la globalización tienden a concentrarse en los países desarrollados y en sus zonas periféricas de interés prioritario y los efectos negativos están afectando prioritariamente al resto del mundo, que hoy más que nunca se encuentra fragmentado. Concentración y fragmentación son, en consecuencia, dos de los aspectos contradictorios más resaltantes de la globalización.

Es en el contexto de esta contradicción concentración-fragmentación, que se pretende estudiar los cambios o transformaciones que ocurren en los espacios geográficos, y en una de las categorías de esos espacios -las ciudades- teniendo como marco empírico el caso venezolano, bajo un esquema inicial de premisas o hipótesis orientadoras.

La primera de ellas es que la globalización, sustentada en un modelo económico que prioriza, entre otros, el medio técnico, las relaciones internacionales complejas, las inversiones de capital financiero y, por supuesto, la competitividad, genera concentración, pues estos procesos no benefician con la misma intensidad a los espacios geográficos. Ocurre, en consecuencia, una concentración de los medios técnicos, de las innovaciones, de las relaciones internacionales, del capital, de los centros de poder, de la competitividad, del desarrollo económico y de población urbana.

La metrópoli se convierte en la máxima expresión espacial de ese fenómeno de concentración. Como lo señala Alessandri (1994) la metrópoli aparece hoy como manifestación concreta de un fenómeno que está puesto en forma clara en el mundo moderno. El espacio se reproduce a partir del proceso de constitución de la sociedad urbana apropiado en el fundamento de la división espacial del trabajo, en la ampliación del mercado mundial, en la eliminación de las fronteras entre los Estados, y en la generalización del mundo mercado. Este proceso produce profundos cambios espaciales, creando una nueva identidad que escapa a lo nacional, apuntando a lo mundial como tendencia. En esa perspectiva, lo urbano no designa más la ciudad, ni la vida en las ciudades, sino aquello que engloba y trasciende a la ciudad en cuanto lugar, pues todo lo que existe entra en contacto con el mundo todo, ligando las partes aisladas del planeta. Ese nuevo espacio reproducido es la metrópoli, un nodo, que se articula con otros, formando una red: una red mundial. Y esa articulación determina las funciones de la metrópoli, sede de la gestión y de la organización de las estrategias que articulan los espacios.

La metrópoli, según Alessandri (1994), es vista como un símbolo del mundo moderno, un centro donde la vida fluye con increíble rapidez.

La profundización de la división social y espacial del trabajo busca una nueva racionalidad, una lógica subyacente por el empleo del saber y de la técnica; pero más que todo la supremacía de un poder político, tecnológico y cultural. De allí que la naturaleza de la metrópoli sea diferenciada, según donde esta supremacía esté presente. Es por ello que en función de los intereses de quienes rigen la globalización, surgen distintos tipos de metrópolis. Las que como las “tecnópolis” son los centros de innovación, de investigación, de inversión (Fórmica, 1995), y por lo tanto nodos de la supremacía, o las que, como en la mayoría de los países pobres, son sólo gigantes urbanos, “metrópolis incompletas”, nodos subordinados de la red.

La segunda hipótesis orientadora está referida al hecho de que la globalización, al producir modelos y constituirse en el elemento de reproducción de las relaciones sociales, produce y profundiza el proceso de fragmentación, contenido en la ciencia, en la cultura del hombre, y por supuesto, en el espacio. Esta fragmentación, aparece, en el caso del espacio, como producto de una actividad dividida en el proceso de producción socializada y su apropiación privada, de acuerdo a los distintos intereses parcelados de las empresas y sus relaciones, lo cual divide el espacio en parcelas cada vez menores, que son comercializadas en el mercado.

El espacio se fragmenta por distintas formas de apropiación para el trabajo, para el placer, para habitar, para el consumo, etc. No sólo se fragmentan los Estados Nacionales, sino las ciudades, el tejido urbano en general. Esta fragmentación produce un constante movimiento de atracción-repulsión de población (grandes oleadas migratorias internacionales, migraciones campo-ciudad, migraciones interurbanas) y de actividades, del centro a la periferia y viceversa (Alessandri, 1994).

En la metrópoli esta fragmentación es cada vez más notoria. Barrios enteros surgen y desaparecen, o son desarticulados y destruidos por la necesidad de expansión proveniente de la acumulación de capital. Son barrios que en la mayoría de los casos no tienen identidad urbanística. De esta forma el tejido urbano se expande, originando toda una secuela de problemas, como el agotamiento de tierras potencialmente agrícolas, destrucción de bosques, deterioro ambiental, por ejemplo. No en vano Hardoy (1993) afirma que el crecimiento de las actuales aglomeraciones y los casos de mayor densificación relativa se producirán en las municipalidades suburbanas, especialmente las más alejadas de la ciudad central y que los cambios ambientales más dramáticos se están produciendo en las áreas semi-rurales que rodean las ciudades, con las cuales se relacionan muchas actividades productivas de la ciudad y pautas de consumo. Algo similar señalaba hace tiempo De Terán (1969), cuando afirmaba que la urbanización de zonas periféricas y de los ambientes rurales circundantes, extienden formas de vida urbana sin que lleguen a crearse estructuras urbanas. Vastos espacios inorgánicos se incorporan a la urbe, abriendo la frontera entre lo urbano y lo rural, dando lugar a esas zonas de calificación dudosa: interurbanas, exurbanas, rururbanas, en las que se pierde el concepto tradicional de ciudad. En algunos casos, las periferias se extienden hasta perderse de vista y en consecuencia, la metrópoli de hoy - y las ciudades en general - se presentan polinucleadas, englobando siempre nuevas áreas y extensiones fragmentadas.

La tercera y última hipótesis orientadora tiene que ver con el hecho de que los fenómenos globales se reproducen igualmente en situaciones muy particulares y que, por consiguiente, puede estudiarse el caso particular de un país, su sistema urbano y la estructura interna de sus ciudades, como redes o lugares que forman parte del mundo. En este caso, que los procesos de concentración y fragmentación, pueden estudiarse en Venezuela, asumiendo sus particularidades como expresiones formales de las condiciones en que la globalización - y todas sus formas concretas, como la competitividad -, se inserta en Venezuela, pudiendo analizarse, especialmente, la velocidad y las características generales de esa inserción.

Esta hipótesis se sustenta en varios hechos. En primer lugar, si bien el nuevo modelo de desarrollo de Venezuela aún no se define con claridad, es indudable que se inserta paulatinamente en la economía mundo, aunque con sus propias particularidades (Paredes, et al, 1993), especialmente a partir de 1989, cuando se acelera el proceso de apertura económica y se desarrolla la competitividad (Ortiz, 1994; Enright et al, 1994). Igualmente por el impulso de la reforma del Estado, que tiene su eje principal en el proceso de descentralización administrativa, incluida la elección directa de gobernadores y alcaldes. En general, por el relevo del modelo rentista (Baptista, 1995).

En segundo lugar, porque las evidencias del proceso de urbanización reciente en Venezuela confirman tendencias globales, como es el caso de la evolución hacia un país de metrópolis (Fossi, 1984) o lo que se ha denominado la metropolización del espacio geográfico venezolano (Amaya, 1992), la consolidación de una agrupación urbana múltiple en la región Centro Norte Costera del país, visualizada hace muchos años por Chaves (1962), y algunos visos de desintegración (y surgimiento de nuevos) de espacios urbanos (Amaya, 1995).

La economía y realidad venezolana actual y las transformaciones en el espacio urbano: una visión de síntesis

Los modelos de desarrollo en Venezuela han estado vinculados por siempre a la economía internacional al igual que su sistema urbano. Ese ha sido el caso del modelo rentista (modelo que actualmente está siendo sustituido), por la alta dependencia de las exportaciones petroleras en la generación del producto interno bruto; como señalan Enright, Frances y Scott (1994), esta vinculación fue acentuada no sólo a través de las exportaciones petroleras sino a través de la importación de bienes de capital, alimentos e insumos industriales, flujos de capital y las transferencias en moneda extranjera.

La base de sustentación de la economía venezolana ha sido la exportación de petróleo, y al estar los recursos provenientes de esta actividad en manos del Estado, ha sido el fundamento del modelo rentista. Como lo señala Córdova (1993), Venezuela se articuló, de modo muy singular, durante varias décadas, en la división internacional del trabajo, como exportador de hidrocarburos, en un sistema de relaciones internacionales que tenía como cimiento, un régimen de acumulación fordista; el petróleo era la materia prima más importante de toda la estructura productiva mundial, lo cual subrayaba el modo de articulación antes mencionado, y, por consiguiente, el carácter privilegiado de la economía venezolana. Como complemento de ello, Venezuela desarrolló un sector sustitutivo de importaciones limitado a la esfera de ensamblaje aunque descalificado, igualmente como parte de una estructura productiva mundial de carácter fordista; un esquema de industrialización subordinado que, por lo demás, gozó de una fuerte protección estatal.

El modelo rentista estuvo signado, principalmente, por una intensa participación del Estado como agente fundamental que guiaba el modo de vida de la sociedad venezolana y, en especial, en lo que al proceso productivo se refiere, pues la condición de propietario del suelo del cual se extraen los hidrocarburos, aunado a la existencia de una elevada demanda petrolera y la constante alza de precios del petróleo, permitió al Estado percibir ingentes recursos fiscales y su posterior distribución en los distintos estamentos administrativos y productivos. Así, se generó una estructura socioeconómica y política que gracias a la magnitud del ingreso obtenido por la renta petrolera permitió al Estado su control omnipotente; igualmente por una marcada centralización en la toma de decisiones en varios órdenes de la vida del país, y una excesiva participación de los partidos políticos como agentes responsables de la organización y funcionamiento de la sociedad venezolana. Y el sistema urbano venezolano fue sustancialmente afectado por la acción del Estado pues la inmensa mayoría de las inversiones básicas en servicios e infraestructura tuvo como destino final las ciudades; a ello contribuyó el alto grado de centralización del poder y la fuerte participación de los partidos políticos, pues influyeron en el reparto del gasto público en distintas regiones de apoyo partidista, especialmente en los centros urbanos más importantes del país - Caracas, varias capitales de estado y la mayoría de las ciudades del centro norte del país-.

El modelo rentista, tuvo una influencia decisiva en el desarrollo y funcionamiento del sistema urbano venezolano en las últimas décadas, reforzando, en parte, el patrón heredado de la Colonia y la época republicana, y beneficiando el desarrollo de grandes aglomeraciones en la región centro-norte del país, al igual que varias ciudades capitales del Estado, vía un proceso de acumulación de capital.

La crisis de la sociedad rentista en Venezuela se inicia en 1982, con el descenso de la producción y los precios del petróleo, y se agrava en 1983 con las medidas de control cambiario. La nueva conyuntura petrolera y la consecuente disminución de los recursos fiscales, redujo el poder de acción del Estado, y por consiguiente, favoreció la inserción de un nuevo modelo de vida o modelo de desarrollo, que aunque incipiente, permite visualizar cambios estructurales en el país. Ese proceso de cambio, que en opinión de Rojas (1993) genera una “revalorización de distintas actividades internas de la economía”, necesarias para sustentar altos niveles de empleo e ingresos, propios de un aparato administrativo y productivo intensamente burocratizado, lleva invariablemente, a un modelo de desarrollo con “formas típicamente capitalistas”, cuyas consecuencias, indudablemente conducen, y conducirán a cambios estructurales en el funcionamiento y organización de la sociedad venezolana.

El achicamiento del Estado, vía una reducción de los ingresos fiscales, disminuye sin duda alguna, su poder de acción. Le resulta difícil sostener un aparato burocrático y productivo, bajo condiciones recesivas, en las distintas instancias organizativas y funcionales del país, pues como lo señala el mismo Rojas (1993), el objetivo del nuevo modelo es la “apropiación de los beneficios que resultan de la explotación económica de los recursos humanos y naturales del país a través de la readaptación del aparato productivo “interno” y no ya la apropiación de la renta petrolera. Esta situación obliga a que se realicen importantes cambios estructurales en el funcionamiento del aparato del Estado y de las empresas privadas en la actividad productiva. Uno de ellos tiene que ver con la Reforma del Estado, proceso que se

inicia a finales de la década del ochenta a través de los distintos proyectos elaborados por la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), en el cual se gesta un cambio de acción en la esfera productiva, al Estado ceder, vía un proceso de privatizaciones, su participación fundamental en la producción de capital y en el uso de recursos naturales y humanos. Este proceso adquiere, gradualmente, la gestión y participación de particulares, con otros intereses, y con formas típicamente capitalistas; el otro tiene que ver con un cambio en la estructura empresarial a través de un reordenamiento tecnológico de las empresas, la búsqueda de nuevos rubros de producción, la diversificación de las exportaciones, la competitividad y la integración regional y hemisférica para ampliar los mercados. Es dentro de este contexto que se inserta el nuevo modelo de desarrollo venezolano, aunque con las particularidades derivadas de su propia naturaleza. Hoy día se discuten distintas opciones teóricas para definir el nuevo rumbo a seguir, que implica, en opinión de Córdova (1993) dos tipos fundamentales de transformaciones íntimamente relacionadas: el primero se refiere a la reestructuración del sistema productivo venezolano sobre nuevas bases técnicas y sociales; el segundo, la conformación de un nuevo tipo de inserción en la economía mundial necesario y capaz de armonizar el dinamismo de la nueva estructura económica venezolana con el avance del nuevo orden internacional. En ese sentido se han sugerido algunos escenarios, que en todo caso, prioriza una inserción en el nuevo orden internacional, distinta al modelo rentista. Esos escenarios pudieran sintetizarse de la siguiente manera (véase a Córdova, 1993, Paredes, 1993). 1) Un sistema productivo nacional sustentado en el crecimiento hacia afuera de la economía no petrolera que señala la promoción de exportaciones no tradicionales como la vía para la sustitución gradual del rol de la actividad petrolera como centro fundamental de la economía del país. Este estilo o modelo de desarrollo erige al sector privado, nacional y extranjero, en agente principal del proceso de cambio, sustituyendo al Estado del papel central de la actividad económica. Esta estrategia está planteada en el VIII y en el IX Plan de la Nación; 2) Un “escenario productivo” o de “expansión” que en oposición al escenario “rentista” tradicional, reconduzca una porción creciente del ingreso petrolero estatal hacia la misma industria petrolera; 3) Un escenario productivo alternativo integral que combine en forma armónica y eficiente tres fuerzas articuladas de desarrollo: la capacidad de exportación nacional de hidrocarburos; la promoción de exportaciones no tradicionales; y una nueva variante en la sustitución de importación. Este último escenario parte de la consolidación del sector petrolero como eje central, no limitado a su aprovechamiento primario exportador, sino complementado en primer lugar con el perfeccionamiento y diversificación de los sectores internos de apoyo a la producción petrolera y minera: metalmecánica, química, ingeniería, cemento, asesorías y otros servicios técnicos; y en segundo lugar, un nuevo proceso de industrialización, ligado a la transformación de las materia primas y productos intermedios generados en el sector petrolero y minero.

Los tres escenarios aunque difieren en su concepción teórica central, tienen como base de sustentación la naturaleza propia del país, en especial sus ventajas comparativas relacionadas con los recursos naturales y su posición geográfica. El primer escenario prioriza una economía “antipetrolera” en la que el elemento de desarrollo gira en torno a la diversificación de las exportaciones a través de la competitividad de sus empresas, el desarrollo de nuevas líneas de producción y, por ende, la búsqueda de nuevos mercados internacionales. Enright, Frances y Scott (1994), fuertes defensores de este escenario hacen hincapié en un nuevo esquema productivo acentuado en el desarrollo de una nueva gerencia y fuerza laboral para lo cual es necesario reorientar áreas claves (educación, adiestramiento, inversión extranjera, desarrollo tecnológico, formación de nuevas empresas, rivalidad

interna, empresas estatales, economía informal, acuerdos comerciales internacionales, energía normativa ambiental, transporte, comunicaciones y crecimiento de la productividad); y una cuidadosa selección de los rubros en los que Venezuela pueda competir, con especial señalamiento en las industrias basadas en los recursos no renovables (petróleo, petroquímica, acero y aluminio), sector agrícola (arroz, cacao, pulpa y papel), industrias de servicios (turismo), industrias de sustituciones (automóviles-autopartes y textiles), así como aquellas basadas en el “talento” (ingeniería, software, comunicaciones-información).

El segundo escenario, el escenario productivo de PDVSA (la empresa petrolera nacional), en oposición al escenario rentista tradicional, propone institucionalizar una política de expansión que reconduzca una porción creciente del ingreso petrolero estatal hacia la propia industria petrolera, priorizando el desarrollo de nuevas tecnologías y rubros petroleros, que otros países petroleros no tienen.

El tercer escenario cuyo defensor es Córdova (1993), prioriza, además de los anteriores, el desarrollo de un sector económico interno como base para las exportaciones tradicionales y no tradicionales. Tiene su fundamento en una amplia experiencia internacional en la cual “los países más exitosos han sido aquellos que conforman su capacidad competitiva internacional produciendo originalmente para el mercado interno”.

Dado que los escenarios propuestos dependen fuertemente del sector externo y que en el nuevo orden internacional la inserción en bloques o mercados regionales, de acuerdo a la regionalización de la economía mundial, es un hecho esencial, las estrategias políticas y económicas, necesarias para el desarrollo de cada uno de los escenarios, dependen de las perspectivas de integración regional y hemisférica. En el caso venezolano, su exclusión de los bloques regionales mundiales hace necesaria una inserción en los mercados regionales hemisféricos, hacia los cuales se ha dirigido la política integracionista venezolana.

En efecto, a partir de 1989 se da un cambio de actitud en cuanto a la integración, especialmente con los países latinoamericanos. Junto con la adopción de una nueva política económica, en sintonía con las tesis de apertura y liberalización, propias del nuevo modelo “productor”, el país ha hecho esfuerzos por revitalizar viejos esquemas, e impulsar la concreción de tratados de libre comercio, bilaterales y multilaterales. En este contexto, como lo señala Silva Michelena (1993), se han dado pasos importantes en la consolidación del grupo andino, hecho que se ha convertido en “un verdadero motor de la integración y crecimiento” de la economía venezolana. Dentro de ese pacto resalta “la integración con Colombia”, pues con este país se ha establecido un mercado unificado: “completa liberación de los intercambios, armonización de la estructura arancelaria y coordinación de las políticas económicas”.

Se podría afirmar, en síntesis, que Venezuela ha iniciado, como consecuencia de su nuevo modelo de desarrollo, una inserción y una promoción activa de integración regional y hemisférica.

¿Cómo afecta esa inserción de Venezuela, en el mercado regional y hemisférico, su espacio urbano?

Recientemente empiezan a visualizarse algunos cambios en el espacio urbano venezolano y algunas evidencias que permiten relacionar esos cambios con la inserción en un nuevo modelo de desarrollo. Llama la atención algunas transformaciones en las dimensiones básicas del sistema de ciudades y, además, algunos cambios en la estructura interna de las principales metrópolis, un proceso que se identifica con el surgimiento y consolidación de nuevos espacios urbanos.

El sistema urbano empieza a sufrir importantes modificaciones bien sea por el surgimiento de nuevas dimensiones o cambios en la naturaleza de algunas de ellas.

En el orden de las relaciones internas, y desde el punto de vista político-administrativo, el achicamiento del Estado y los consecuentes cambios estructurales producidos en el funcionamiento de su aparato y que se traduce en un proceso de Reforma del Estado, conducente, además, a un proceso de Descentralización y transferencia de poderes (federalización) hacia los estados y municipios, ha incidido fuertemente en algunas transformaciones importantes. Este proceso tiene consecuencias no sólo desde el punto de vista administrativo y de funcionamiento de los gobiernos regionales y locales, pues éstos tienen que asumir responsabilidades directas en distintos aspectos del funcionamiento de la sociedad o modo de vida, sino desde el punto de vista espacial, pues las ciudades capitales, (estados y municipios), en un nuevo orden territorial interno, se convierten en líderes de su propio entorno geográfico y tienden, en consecuencia a organizar espacios o territorios desde el punto de vista funcional, y, aún, morfológico. La consecuencia más importante de ello es una reorientación o realineamiento en el sistema urbano, donde las ciudades grandes e intermedias al adquirir o consolidar otras funciones urbanas, tienden a fortalecer una base económica más productiva; y en consecuencia, aquellas ciudades con mayor capacidad gerencial y ventajas comparativas, a crecer. El resultado a largo plazo pudiera ser, una mayor primacía a nivel nacional y regional, y por consiguiente, una mayor concentración de la población en áreas metropolitanas.

Desde el punto de vista económico, los cambios pertinentes al modelo productivo parecieran tener su contraparte en el sistema urbano. Dado que el mayor potencial de los recursos naturales, base de la naturaleza productiva venezolana, en cuanto a la búsqueda de nuevos rubros económicos se refiere, se localiza al sur de los piedemontes Andino-Llanero y Caribe-Llanero, en lo que algunos denominan “la franja intermedia”, allí tiende a acelerarse el proceso de colonización urbana y a formarse una red de asentamientos urbanos, que aunque se articula con la red de asentamientos del área costero-montañosa, heredado de los anteriores modelos de desarrollo, se diferencia de ésta, en cuanto al tamaño de las ciudades, densidad de población, tipo de flujos, conexión vial, funcional y morfológica (véase a Camargo, 1994). En este orden de ideas llama la atención la diversificación funcional de algunas ciudades, antiguamente monoproductoras, que se localizan en esta franja intermedia, como Barinas, Acarigua-Araure, Guanare, San Carlos, Valle de la Pascua, Calabozo, San Fernando de Apure, por citar alguna, las cuales aunque adquieren carácter metropolitano en la década del ochenta (Amaya, 1992), experimentan su mayor crecimiento demográfico y expansión física, en la década del noventa.

El orden de las relaciones externas también contribuye a que ocurran importantes cambios en el sistema urbano. Sobresale las transformaciones en la naturaleza de la dimensión fronteriza la cual adquiere un carácter productivo en contraposición al carácter inmigratorio o terciario

del modelo rentista; esto ocurre con mayor énfasis en la frontera colombo-venezolana, donde los centros urbanos fronterizos dejan de ser meros receptores de fuerza laboral, predominantemente descalificada (informal), y se transforman en centros de producción y consumo orientados hacia las exportaciones no tradicionales y, las importaciones: casos notorios de San Antonio del Táchira-Ureña y Puerto Ayacucho. En la frontera colombo-venezolana se conforma un verdadero eje de colonización urbana, que aunque tiene mayor peso funcional el comercio y la industria incluye, además, múltiples relaciones de inversión, financieras, de transporte, y cooperación en obras de infraestructura (por ejemplo interconexión eléctrica). El desarrollo de la metrópoli binacional San Antonio-Ureña-Cúcuta, pareciera ser el resultado de este proceso de colonización fronteriza y, también, un consecuencia del proceso de integración económica.

El nuevo proceso de relaciones internacionales, parece afectar, igualmente, otras dimensiones del sistema urbano, especialmente aquella que tiene que ver con la orientación funcional de las ciudades hacia recursos naturales y otros factores o ventajas comparativas y competitivas. Tal es el caso de la importancia funcional que adquieren algunas ciudades puerto en el oriente venezolano, vinculadas a nuevas actividades productivas, como Puerto Píritu, cerca de la principal central criogénica del país; algunas áreas de balneario del oriente, especialmente en la isla de Margarita, donde surgen nuevos centros urbanos exclusivamente residenciales, y donde, producto de las excelentes condiciones climáticas asociadas a veraneo, ocurren importantes inversiones extranjeras en hotelería y servicios conexos; y las perspectivas de cambio funcional en algunas ciudades con importantes centros universitarios y tecnológicos, con especialidades en mercadeo y gerencia, electrónica, turismo, servicios y relaciones industriales, informática, etc., base de sustentación del nuevo modelo de desarrollo, y, donde ciudades como Mérida, El Vigía, Coro, Puerto La Cruz, San Cristóbal, Maracaibo, liderizan esas perspectivas.

Finalmente, se visualizan algunos cambios en la estructura interna de las metrópolis venezolanas, como producto de los cambios en el modelo de desarrollo. El más importante de ellos tiene que ver, igualmente, con el proceso de descentralización política y administrativa, puesto que las acciones y gestiones, urbanísticas y productivas, de los gobiernos regionales y municipales y de los sectores productivos privados requieren de nuevos espacios urbanizados. Adquiere importancia fundamental, un proceso de identidad urbana, descentralizada, donde los municipios gerencian espacios para desarrollos urbanísticos y productivos, y la búsqueda de nuevos espacios urbanizados en la periferia de las ciudades más importantes y con una base de sustentación territorial y gerencial, competitiva en los mercados nacional e internacional. La actual dinámica de la estructura interna de las ciudades venezolanas, pareciera diferenciar los espacios centrales de las urbes, muy vinculadas al modelo rentista (alta renta del suelo), con los espacios periféricos de esas mismas urbes, más vinculadas, necesariamente, al modelo productor. Llama la atención, en algunas, la búsqueda de espacios urbanizados en las cercanías de las más importantes ciudades vinculadas de alguna manera a los mercados externos, por parte de empresas y grupos económicos nacionales y transnacionales, para el desarrollo de grandes complejos comerciales (tiendas por departamentos), puertos libres y zonas francas, comerciales e industriales. La coalescencia y desarrollo funcional y morfológico de nuevos espacios urbanos - aglomeraciones, conurbaciones, áreas metropolitanas, agrupaciones urbanas múltiples - pareciera ser un reflejo de ello.

Referencias Bibliográficas

Alessandri, Ana Fani (1994). "A Naturaleza do Espaço Fragmentado". En: Santos M., De Souza Adelia y Silveira, Maria (organizadores). **Territorio Globalizacão e Fragmentacão**. Sao Paulo, Editora HUCITEC-ANDUR; 15-20.

Amaya, Carlos (1992). "Metropolización en la Organización del Espacio Venezolano". En: Panadero, Miguel et. al. (editores). **América Latina: La Cuestión Regional**. Colección Estudios, Castilla La Mancha - España; 171-192.

Amaya, Carlos (1995). **Internacionalización y Nuevos Espacios Urbanos en Venezuela**. Ponencia presentada en el III Congreso Latinoamericano de la Universidad de Varsovia, Polonia 16-18 de junio de 1995. (En prensa).

Baptista, Asdrubal (1995) "El Relevo del Rentismo". **Revista SIC**. N° 576; 246-248.

Camargo, María Gabriela (1994). **Análisis de la Tendencia a la Formación de una Faja de Centros Urbanos en la Zona Intermedia del Espacio Venezolano**. Universidad de Los Andes. IGCRN. Mérida-Venezuela (Inédito).

Córdova, Armando (1993). "La Economía Mundial y las Opciones de Venezuela" En: Paredes, Edgar et. al. (editores). **Venezuela; Opciones para una Estrategia Económica**. Copre - Ediciones Nueva Sociedad. Caracas.

Chaves, Luis F. (1962). "Tendencia a la Formación de una Agrupación Urbana Múltiple en el Centro Norte de Venezuela". Mérida, **Revista Geográfica**. Vols. 4-5, N° 10; 31-41.

Dabat, Alejandro (1994). "Globalización Mundial y Alternativas de Desarrollo". **Nueva Sociedad**. 132; 146-155.

Dávalos, Lorenzo (1996). "Competitividad Regional: un Punto de Partida". Debates IESA. N° 3; 30-34.

De Terán, Fernando (1969). **Ciudad y Urbanización en el Mundo Actual**. Editorial Blume, Madrid.

Enright, Michael et. al. (1994). **Venezuela: Reto de la Competitividad**. Ediciones IESA, Caracas.

Fórmica, Piero (1995). **Tecnópolis. Lugares y Senderos de la Innovación**. Editorial Gálac, Caracas.

Fossi, Victor (1984) "Desarrollo Urbano y Vivienda: La Desordenada Evolución hacia un País de Metrópolis". En Naim, Moises y Piñango, Ramón. **El Caso Venezuela. Una Ilusión de Armonía**. Ediciones IESA, Caracas; 472-497.

Hardoy, Jorge E. (1993). "El Futuro de la Ciudad Latinoamericana". **Medio Ambiente y Urbanización**. Año 10 N° 43-44; 147-166.

Ortiz, Eduardo (1994). **La Política Comercial y el Crecimiento Económico de Venezuela**. Fondo Editorial Tropykos, U.C.V. Caracas.

Paredes, Edgar et. al. (1993). **Venezuela, Opciones para una Estrategia Económica**. Copre - Ediciones Nueva Sociedad, Caracas.

Paredes, Edgar (1993). “La Política Económica en Venezuela a partir de 1981. Objetivos y Resultados” En: Paredes, Edgar et.al. (editores): **Venezuela: Opciones para una Estrategia Económica**. Copre-Ediciones Nueva Sociedad. Caracas.

Rojas, Andrés (1993). **Ideas para Estudiar la Transición Venezolana (1980- 1990)**. Fundación Luis Fernando Chaves. Serie Cuadernos, No. 1. Mérida-Venezuela.

Santos, Milton (1988). “Crisis y Desintegración de la Metrópoli”. En: Panadero, Miguel (Coordinador), Cole, John y Santos, Milton. **Urbanización, Subdesarrollo y Crisis en América Latina**. Seminario de Geografía, Albaceta-España; 53-63.

Santos, Milton (1993). “El mundo y la Geografía Hoy” **“Revista Geográfica Venezolana”**. Vol 33; 5-13.

Silva Michelena, Hector (1993). “Diagnóstico y Perspectiva de la Integración y del Sector Externo Venezolano” En: Edgar Paredes et.al. (editores): **Venezuela: Opciones para una Estrategia Económica**. Copre-Ediciones Nueva Sociedad. Caracas.